

Nunca llegaré a Santiago

Gregorio Morán

ÍNDICE

Pequeña historia de un libro pequeño	7
Prólogo	15
Jornada primera	21
Jornada segunda	30
Jornada tercera	38
Jornada cuarta	45
Jornada quinta	51
Jornada sexta	57
Jornada séptima	62
Jornada octava	69
Jornada novena	74
Jornada décima	81
Jornada undécima	88
Jornada duodécima	94
Jornada decimotercera	103
Jornada decimocuarta	113
Jornada decimoquinta	120
Jornada decimosexta	129
Jornada decimoséptima	140
Jornada decimoctava	149

Jornada decimonona	159
Jornada vigésima	166
Jornada vigésimo primera	176
Jornada vigésimo segunda	188
Jornada vigésimo tercera	193
Final y coda	199

PEQUEÑA HISTORIA DE UN LIBRO PEQUEÑO

NO HAY MAYOR SATISFACCIÓN para un escritor, que de pronto te llame un joven editor porque quiere publicar un libro tuyo antiguo y fracasado. Es más que un placer, es un reconocimiento. Para evitar malos entendidos y perversidades de parroquia, debo añadir que Pepitas de calabaza me animó a reeditar *Nunca llegaré a Santiago* en el otoño de 2014, cuando ni él ni yo mismo sabíamos los avatares y el eco de *El cura y los mandarines*. Quiero decir en su honor que no había oportunismo, solo curiosidad literaria.

Nunca llegaré a Santiago se publicó por primera y única vez a finales de 1996, gracias a la temeridad de Mario Muchnik, editor insólito y personaje atrabiliario, del que jamás olvidaré su gesto. Le mandé el manuscrito para ver si le interesaba y me lo devolvió ya en galeradas, preparado para imprimir. Era el final de una pequeña historia personal.

A comienzos de 1993, que por casualidad coincidía, creo, con el Año Santo Compostelano, me propuse hacer un libro de viajes a la antigua. Caminando junto a mi veterano amigo y gran ilustrador que es Toni Meseguer. Previamente había acordado con el editor Jorge Herralde un discreto adelanto que nos permitiera acometer la empresa.

El resultado —un texto de apenas doscientas páginas— fue poco interesante para Anagrama y sus asesores. En opinión de Herralde, este «traveling sobre la cutrez» (sic) le había aburrido y los dos lectores de la editorial que aseguraban haberlo leído «des-

«LOS LIBROS DE VIAJES, en España, no se venden». Me lo dijo el editor el primer día que le vi. La segunda vez que charlamos ya había leído el manuscrito y pudo precisar más: «Si son como este, habría que pensar en no editarlos». Quizá tuviera razón, pero cuando uno ha invertido tantas horas para tan escasos resultados lo único que no puede hacer es amilanarse.

Posiblemente estén en vías de extinción los relatos de viajes y viajeros. Fueron en otro tiempo los príncipes de la literatura. Atraían el interés de los lectores más que cualquier otro género. En la primera mitad de nuestro siglo se inició su decadencia, aparecieron algunas obras de postín que aún se leen con idéntica pasión que cuando fueron escritas. Las últimas décadas resultaron desoladoras para el género; apenas un par de excepciones. Los libros de viajes se fueron apagando como si se tratara de velas en la era del neón. Murieron de inanidad agobiados ante las imágenes coloreadas, supuestamente más reales; la fotografía, la televisión, el video.

Los viajes de ahora llevan más exotismo contenido en los autores que en los lugares que describen. Ha girado el objetivo; se trasladó de los lugares a las cosas, al propio escritor omnipresente. Hoy solemos viajar dentro de nosotros mismos por los sitios que ha buscado nuestra frustración. La importancia del que escribe ha de ser superior a lo que cuenta si quiere evitar la primera entrega

del fracaso, la indiferencia. Antes es menester crear una leyenda y luego en torno a ella desarrollar una historia, porque las imágenes descriptivas de la literatura están en inferioridad de condiciones para competir con la vistosidad de una pantalla.

El que inventó la frase de que una imagen vale más que mil palabras se olvidó de precisar para qué. Confundió a muchos que creen tener imágenes incontrovertibles de ciertos lugares sin necesidad de levantarse del sofá. El final del siglo xx quizá haya creado el modelo de turista autosuficiente, un mirón confiado en lo prescindible del viaje para alcanzar conocimiento; no añora nada, porque lo puede contemplar todo en su propia casa y sin los engorros de lo imprevisible.

En 1992 propuse a un periódico hacer un viaje por Asia —China, Corea del Norte y Vietnam— acompañado de un dibujante y no de un fotógrafo como es al uso. Fue aceptado no sin cierta perplejidad. En el fondo estoy convencido de que les pareció una excentricidad. La sugerencia trataba de romper con el hábito de que un lector de periódicos o semanarios acogiera los textos como una prolongación de las fotos. En una civilización de la imagen pertenezco a un mundo en decadencia como es el de la palabra. Intentaba que texto e ilustración tuvieran vida propia y no fueran subsidiarios uno de otro. Las dificultades de todo tipo, desde las técnicas a las intelectuales —pasando por las derivadas de la publicidad, que parece tener un periódico para integrar esta experiencia sin frustrar la concepción del relato y de la ilustración—, me llevaron a decidir que la siguiente experiencia se concibiera como un libro.

Este viaje por el Camino de Santiago nació de una idea un tanto peregrina, muy a propósito. Porque en castellano lo peregrino es sinónimo de torpeza, candor e incluso lleva como adobo dosis de estupidez. ¿Es posible, a finales del siglo xx, recorrer centenares de kilómetros a pie sin exponerse a ser considerado un penitente o un vagabundo? En una época saturada de fundamen-

talismo religioso, de una fe tan llena de manifestaciones públicas como carente de intimidad —de eso que antaño conocían como vida interior e incluso algunos como mística—, caminar hacia Santiago de Compostela ofrecía el atractivo de una tentación laica: ¿de qué modo reacciona uno mismo y la sociedad que recorre, al repetir el que fuera viaje capital de nuestro mundo antiguo? Nuestra antigüedad no fue grecolatina sino medieval; somos bárbaros veteados de civilización.

No es verdad que se viaje para olvidar. Se viaja más bien para crear nuevos recuerdos. Especialmente cuando se trata de hacerlo sin prisas, cuanto más andando, que los paisajes se eternizan y hay tiempo para todo; mirar, cantar, pensar. A menos de ser muy simple e ir controlando el reloj como un ciclista o de tener mucha fe y pasarse el periplo rezando rosarios, no hay nadie que pueda caminar durante semanas y que no recorra tantos kilómetros como recuerdos. Irá pasando su vida a retazos; en ocasiones le servirá para avanzar más rápido y en otras para consumirse.

Si alguien se decide a caminar unos centenares de kilómetros es pertinente antes hacer acopio de algunas provisiones de entusiasmo vital y de atenerse a ciertos consejos, como el de no advertir a nadie nuestras intenciones. En los tiempos que corren más de uno tendría la tentación de apelar al psiquiatra, y eso los más benignos. Los malévolos hablarían de crisis de espiritualidad, y los pérfidos de una inminente conversión como consecuencia de una caída del caballo, a lo Saulo, motivada por el inconmensurable peso de nuestras equivocaciones. Al fin y al cabo, salvo el mandato de no matarás, uno ha conculcado los mandamientos con cierta reiteración y no sin alevosía. Solo en el de robar me limité, en la adolescencia, a sisar un billete a una amiga de mi hermana.

Proponerse hacer el Camino de Santiago sin ser agnóstico —que es la edulcorada fórmula que adoptan los hombres públicos para no herir la exacerbada susceptibilidad de tantos creyen-

tes— sino ateo es una experiencia que a más de uno le puede parecer maléfica. No hay tal. Es un viaje civilizador y no tiene por qué resumirse en penitencia.

Mi actitud ante la religión católica y la Iglesia no tiene ningún torturado condicionamiento personal. Incluso la pobre formación intelectual que recibí en un colegio religioso la achaco más a la época que a la Orden de Predicadores. Mi última relación con la religión tuvo lugar en un hermoso lugar que recuerdo siempre con deleite, Covadonga, cuya Casa de Ejercicios Espirituales tuve que abandonar cuando propuse la lectura de la Biblia traducida por el protestante Cipriano de Valera. Yo tenía quince o dieciséis años y el que me echó pronto colgó los hábitos blancos de dominico y otro montón de cosas, y ahora ejerce de cuadro medio del Partido Socialista.

Mi posición crítica respecto a la Iglesia se refiere a la historia. La mayoría de mis amigos son creyentes; lo digo sin certeza alguna porque nunca se me ocurrió preguntárselo. No me sentiría afectado si algún hijo mío decidiera bautizarse y hacerse sacerdote. Me sorprendería, pero es una opción intelectual tan legítima como la mía. Sin embargo interpretaría como un fracaso insoponible que ingresara en los Testigos de Jehová. Me hace sufrir la irracionalidad.

El hecho de que 1993 fuera «año jacobeo» debe considerarse como una feliz coincidencia, que no condicionó ni el espíritu del viaje ni el de este libro. Podría perfectamente haber sido un recorrido por la provincia de Soria en invierno o una marcha de extremo a extremo de los Pirineos para comprobar si existen o han desaparecido; ideas que algún día espero materializar. Lo atractivo era el Camino de Santiago en sí, la llamada Ruta Jacobea, eso que conformó una parte de nuestro patrimonio cultural, del que tanto hemos oído hablar y que entendí no se podía sentir como turista motorizado sino como caminante.

El resultado es el que usted tiene en sus manos. Veintitrés jornadas andando y un final decepcionante. Traducido al mundo inevitable de las imágenes, este librito podría considerarse como un largo *travelling* a paso de marcha sobre cierta España, tan cutre como genuina. Los años transcurridos entre el viaje y la edición se deben a azares personales y editoriales.

Cada jornada transcurre bajo la advocación de Goethe y de sus viajes por Italia. No pude resistir la tentación de ponerle un contrapunto clásico a lo que de natural sonaría a fanfarria o pasodoble.

JORNADA PRIMERA

¡Dios amado, qué animal tan pobre y bueno es el hombre!

Goethe, *Viajes italianos*

LLEGAR EN INVIERNO A Pamplona un sábado, a las seis de la mañana, es como entrar en una ciudad que figura en los mapas pero donde los habitantes desertaron. Oscuridad y frío. Todo cerrado y siluetas de algún mortal encogido que no se sabe si está prolongando la noche o ha despistado la madrugada. Cruzamos el río Arga y rodeamos la muralla de la ciudad con nuestras mochilas y nuestro dudoso aspecto de turistas empobrecidos por la historia; sin certeza de ejercer de frívolos o de gañanes. Dos fantasmas con joroba que salen de una estación cuando la humedad empapa el ambiente y nos deja mohínos escuchar nuestros pasos mientras la ciudad duerme.

Vamos a iniciar el Camino de Santiago. Inseguros aún por si se trata de un viaje iniciático, como pretende mi acompañante, o una acogotante batalla del cerdo, como sospecho yo. Con tan escasas coincidencias nos pusimos en marcha un dibujante y un escritor confiados en que la marcha aclarará las dudas.

El carácter irreversible de esta historia había empezado cinco días antes, cuando decidí al fin comprar una mochila y un saco de dormir. Se puede comprar un cepillo de dientes que no se va a usar, una camisa que sin saber por qué se va quedando vieja sin ponerla, una chaqueta que inopinadamente no se estrena. Pero

una mochila y un saco de dormir se traducen en un gesto de compromiso ineludible. Hay que usarlos.

Eso fue un lunes. El martes trajo una confirmación de la inevitabilidad del viaje cuando advertí al dentista que estaría «unas semanas» en condiciones higiénicas dudosas y le solicitaba piedad para mis cuatro dientes postizos. No hay nada que rebaje más la condición del hombre, si exceptuamos la miseria, que la dentadura postiza. Si es una pierna, o un brazo, puede llegar incluso a ser heroico, pero los dientes, esa sensación de hablar en plástico y esa vergüenza de mover la lengua tratando de vocalizar, con el resultado de un baile de patos en la boca. El azar me obligaba a tener que marchar antes de superar la operación que los convirtiera en hijos.

No era precisamente un retrato de época contemplarnos en los espejos de la barcelonesa estación de Sants: un tipo de cuarenta y cinco años muy gastados, poco pelo, cuatro dientes bailones, unos ojos inquietos con ojeras, botas de montaña de calidad dudosa, una mochila llena hasta el exceso y un saco de dormir rojo brillante. Al lado, Antonio Meseguer, dibujante ilustrador, igual edad aunque mejor conservada, pelo abundante trabajado con gomina, buena color de tenista aficionado, unos pantalones de golf a medida y a la antigua, media alta, las mismas botas rateras, una mochila aún más sobrecargada y un inservible saco azul celeste.

Montamos en el tren de las 10:15 Barcelona-Pamplona, una noche de viernes, después de cenar lentejas y pescado frito. Un menú razonado en el que se notaba cierta inquietud ante el futuro. ¡Cuánto hacía que uno no reconocía la memoria adolescente! Aquella que apenas si sentía lo que era un departamento con seis literas, donde a uno le huelen los pies y a otros el cuerpo. «¡Y tú roncas!», completó Meseguer al llegar a la estación de destino.

Una ciudad en sábado invernal y a las seis de la mañana es la imagen de la desolación, pero incluso aquí hay grados. La nuestra

JORNADA SEGUNDA

La mayor parte de mi estada la pasé en jardines de recreo y lujo. Allí escribí las escenas que hoy todavía me representan al vivo aquellos tiempos y aquellos sentires.

Goethe, *Viajes italianos*

ES DOMINGO Y SON las ocho. Con un frío de mañana pirenaica y confiados en la buena palabra del mosén, tratamos de ducharnos; ni agua caliente ni fría. Problemas de tuberías, dicen. Hemos de conformarnos con el aseo del gato: un chorrete de cantimplora por aquí, otro por allá. Escuecen como si te lavarás con una laja de hielo. Enfurrñados, emprendemos el camino sin cruzar una palabra que no haya sido «buenos días». El cielo, de tan azulado, brilla.

Sin probar bocado intuyo que Roncesvalles no es buen sitio para desayunar —una equivocación— y propongo caminar hasta Burguete. Los escasos kilómetros que separan un lugar de otro son un paseo higiénico donde te empapa la luz multiplicada en la nieve. Nadie, ni coche, ni persona, ni animal, que se cruce en tu camino.

Burguete es una retahíla de casas al borde de la carretera. Nadie creería que fue antaño lugar de aquelarres anegados en sangre, donde la Inquisición se cebó sobre brujas reales o supuestas; un símbolo olvidado de algo tan pagano y temerario como la fantásica liberación de las rutinas. Aún duerme y no hay un alma. Apostados uno a cada lado del pueblo, confiamos en ver a

alguien. En invierno difícilmente alcanza las cincuenta personas. Cuando al fin aparece un hombre tengo que gritarle para que no me confunda con el paisaje. «¿Hay algún sitio donde pudiéramos tomar algo?». Mueve la cabeza negativamente. Como me acerco a él, debe de haber percibido mi gesto de frustración y responde comprensivo: «¡Venid a casa!».

Su madre alquila habitaciones y es viuda y tiene tres hijos. Uno, beneditino «por esos mundos de Dios». Otra, enfermera en Pamplona, y este, que está desconsoladamente soltero y que reparte sus soledades entre las doce vacas de carne —«las de leche dan más trabajo»— y las patatas. La casa antigua, remozada con ese extraño gusto de quienes imitan lo que vieron en la ciudad, huele tibiamente a estiércol. No hay ritual sino respeto y con muy pocas palabras y mucha ansiedad por nuestra parte nos prepara concienzudamente unos huevos fritos con chistorra. Se disculpa porque no hay pan del día, pero el vino es auténtico y el café de pote, oscuro y aromático.

Es una mujer de fe, que nos da conversación al tiempo que su hijo mira el diario y se detiene en la página de esquelas: «¡Esto es verdad! ¡Aquí nadie miente!». Tratándose de gente que colaboramos con la prensa, nos miramos y no me atrevo a decepcionarle. Hasta las necrológicas a veces salen equivocadas. Pero no lo digo, quizá porque pienso que es una crueldad quitarle a un nombre la ilusión de que en el periódico hay algo incontrovertible. Ella habla vasco y francés, y aprendió el castellano cuando llegaron los requetés durante la guerra y se escandalizaron porque «no sabía español». No precisa de qué modo se lo enseñaron.

Mientras yo engullo, Meseguer se explaya en una conversación sobre las compensaciones que tienen los viajes como este; encontrar gente hospitalaria y el calor humano de una cocina, un fuego de leña, una conversación amigable. Lo dice con tanto entusiasmo que el paisano se emociona y ella le solicita un favor que